

Los Bridgetower

per il Mulatto Brischdauer
gran pazzo e compositore mulattico
—*Ludwig van Beethoven*, 1803

FUE al Principio. Si
él hubiera sido mayor, si no hubiera sido
oscuro, ojos marrones en llamas
en ese rostro extraordinario;
si no hubiera sido tan talentoso, tan joven
genio sin tiempo para crecer;
si no hubiera crecido, común y corriente,
hasta una oculta y vieja edad.
Si de verdad la pieza hubiera sido,
como exclamó Kreutzer, intocable (incluso después
de que nuestro hombre la tocara y durante años
nadie más pudiera seguirle)
de forma que la furia del compositor hubiera rabiado
por nada, y un agitar de lenguas
pudiera mantener viva la dedicatoria original
de la primera página que él trituro.

Oh, si tan sólo Ludwig hubiera sido más apuesto,
o más limpio, o un aristócrata de veras,
“von” en lugar del vulgar “van”
de algún granjero holandés; si sus oídos
no hubieran empezado ya a chirriar y pitar;
si no hubiera bebido su vino en tazas de plomo,
si hubiera podido encontrar el Amor Verdadero. Entonces
la historia habría resistido: en 1803
George Polgreen Bridgetower,
hijo de Friedrich Augustus, el príncipe africano,
y Maria Anna Sovinki de Biala, Polonia,
viajó de Londres a Viena
donde conoció al Gran Maestro
que detendría la labor de su Tercera Sinfonía
para escribir una sonata y que su nuevo amigo
la estrenara triunfantemente el veinticuatro de mayo,
tras lo cual el compositor mismo
saltó del piano para abrazar
a su “mulato lunático.”

¿Quién sabe qué habría venido después?
Puede que hubieran sido amigos por un tiempo,
tan sólo un par de tipos locos y salvajes
pavoneándose por la ciudad como estrellas de rock,
de bar en bar a por unas pocas cervezas, unas pocas risas...
en vez de pelearse por una chica
que nadie recuerda, que nadie conoce.

Entonces este niño de papá y de piel radiante
habría navegado en sus quince minutos de fama
directo a las crónicas, donde
en vez de una Regina Carter o un Aaron Dworkin o un Boyd Tinsley
esparcidos aquí y allá, encontraríamos
montones de niños negros arrancando escalas
a sus violines de juguete para que algún día
pudieran tocar lo imposible:
la Sonata n.º 9 en la mayor, Opus 47,
también conocida como La Bridgetower.

Lo que no pasa

La noción de que las ruedas del carruaje repiqueteando por París le recuerdan los tambores isleños de los cuentos de su padre: *clic-clac, runrún y renqueo*—él podría hacer una canción con ello, bailar con este carruaje por los adoquines de la rue du Bac mientras mantiene el equilibrio de su pequeño peso contra los cojines que pinchan *clic-clac, runrún y renqueo*—todas las cadencias revueltas excepto el ruido sordo del canto fúnebre de su corazón.

Que pueda ver, a la luz acortinada del ocaso, cómo en su regazo la funda del violín se sacude con cada tumbo, como un animal atrapado bajo el ojo del cazador; que pueda sentir, por callejuelas neblinosas, el peligro que cruje tan seguramente como él puede sentir los dedos descuidados de la primavera abanicando su pecho y oler el fermento de abril en el hedor de los pobres que marchan hacia él...

Aunque nada de esto es verdad. No oye nada sino el repiqueteo. No puede ver el arco lamido por la lluvia del puente que pasa bajo él mientras la piedra pálida del palacio se yergue y él desciende para ser llevado con rapidez a la masiva *Salle des Machines*, la capa de su padre doblada como el ala plegada de un murciélago;

porque era una primavera seca ese año en el Continente.

No obstante, él ignora el ruido sordo de su corazón y sale al escenario titilante, hondo y traicionero como un lago aún congelado al amanecer, rebosante de luz reflejada. Pronto la música le transportará; sentirá el éxtasis de cada cuerda rasgarse en su cabeza y sólo entonces se atreverá a abrir los ojos para ver más allá de las candilejas las filas de rizos empolvados (*¡veamos al oso saltando sus aros!*) asentir, los impertinentes listos, sin escuchar sino juzgando—

a excepción de ese hombre alto del pasillo, con el pelo naranja de las hojas que se apagan, y las dos chicas a su lado: una es una composición más joven de nieve y brasas, pero la otra... oh, la otra es oscura, oscura pero cálida como el brillo avellana del violín... criatura milagrosa

que fija su solemne mirada negra en el chico como para decir
tú eres lo que yo soy, lo que anhelo ser...

así que él toca sólo para ella y no para sus guardianes;
y cuando finalmente él es libre para devolver la mirada,
con el aplauso propagándose por las murallas, incluso entonces
ella no sonríe.